



Así va la vida

Danza macabra

QUÉ sensible es que en un sitio tan sagrado como éste, donde el buen orden debe reinar en todos los aspectos, y donde sus empleados deben tratar de cumplir con gran cordura y religiosidad el servicio á ellos encomendado, se cometan hechos execrables, cuya realización supone un salvajismo atroz!

Días pasados, y con ocasión de reunir los cadáveres de quienes formaron en vida un matrimonio, en la misma sepultura, abrieron una donde yacía el esposo.

El hijo de este matrimonio, comisionó á su cónyuge para que fuera al cementerio á presenciar la exhumación y traslado de los restos.

Este traslado se verificó; pero esta mujer, deseando comunicar á su marido datos acerca del estado de conservación en que se encontraba el cuerpo de su suegro, le facilitó algunos, que por lo visto debieron intranquilizarle, por cuanto decidió ir en persona para convencerse de algunas cosas que vió oscuras en el relato de su esposa.

Una vez en el cementerio, ordenó una nueva exhumación de los restos de su padre, y tuvo la desagradable sorpresa de ver que el cuerpo enterrado no era el que debía.

Debe llevar el conserje tan en orden los libros de registro del cementerio, que se encontró en el apuro de no saber donde había sido depositado el cuerpo que se buscaba.

Todos entonces se dedicaron con febril actividad á la busca y *captura* del cadáver en cuestión y después de tres desenterramientos, en los cuales fueron descubiertos otros tantos cadáveres, con los que no tenía nada

que ver aquel jaleo, fué encontrado el que se buscaba, y pudo ser depositado en el sitio que le correspondía.

Por el testimonio de un amigo nuestro, pudimos enterarnos de las fatigas que pasó el que fué encargado del ajetreo con estos cadáveres.

Seguro que al hombre le sorprendió la hora de comer en plena faena y se puso á yantar en condiciones macabras.



Sentado sobre un ataúd, como si fuera en un cómodo sillón y con la merendera sobre las rodillas, se llevaba los manjares á la boca con sus dedos de látigo, mientras con alguna frecuencia pedía su testimonio á la botella de vino que dejaba luego descansar sobre la tabla del ataúd.

¡Señor alcalde! ¿Cómo se llevan allí los libros de conserje, que no se encuentran cuando es preciso los cadáveres que se buscan?

El día en que se conmemora la fiesta de todos los difuntos, quien quiera rezar por uno de ellos ante la tumba en que reposa, debe convencerse, por lo que acabamos de narrar, de si está allí donde se cree

ó no, porque si no, en lugar de ser á su deudo, rezará á los restos de Hernán Pérez del Pulgar, ó á los de José María «El Tempranillo».

ASGA.

Tenemos la plena seguridad, de que la antigua casa de M. FRANCÉS es la única que ofrece hoy las alhajas más selectas, mejor construídas, y más económicas que ninguna otra: es casa que ofrece toda clase de garantías y que tiene en su despacho desde las más modestas á las de más precio.